

Dore Hoyer: Derechos de la Danza

por Sebastián Salazar Bondy

Alain decía que la danza era la primera de las artes simplemente porque el gesto es el primer medio de expresión, el primer lenguaje humano. Y si la danza que habitualmente vemos, en un salón o en un escenario, como diversión, folklore o arte, es incidental, circunstanciada y dependiente de motivos distintos a ella misma, hay una danza que es absoluta, cuyo continente es su propio contenido, que constituye movimiento cuyo significado es movimiento, además cuyo significado es ademán, actitud cuyo significado es actitud. Es decir, como suponía el filósofo francés, pensamiento que significa sólo pensamiento. Dore Hoyer ilustra portentosamente esta danza autónoma que comienza y concluye en sí.

No sabe el cronista sino por referencias como fueron Isadora Duncan o Mary Wigman. Ignora también cuál es el valor cabal de Martha Graham. Ni siquiera se siente un mediano conocedor de la técnica del ballet tradicional y del llamado moderno. Sin embargo, es fácil deducir que la lucha que han encarnado las artistas mencionadas ha sido la de despojar a la creación bailada de sus implicancias musicales y, muy principalmente, de la servidumbre descriptiva. No hace falta mimar el tema propuesto por la música —o por el título de la música, que es algo mucho más remoto aun— para danzar, en el sentido más amplio y total del vocablo.

El público, malacostumbrado por el ballet romántico, tiene la obsesión de ver en la danza algo más que la danza. Si no una narración, por lo menos un asunto obvio, una especie de imagen corporal de cierta realidad conocida o de determinada irrealidad que, a fuerza de manida, resulta familiar. Al bailarín auténtico, al que baila por amor al baile y para estar, como el personaje de una hermosa página de Valery, "en medio del torbellino, más allá de todas las cosas", este hambre de anécdota que mueve al espectador debe serle abominable. La tradi-

ción ha acumulado demasiada literatura sobre la fuerza ritual de la danza primaria, pura, suficiente, tal como la practica Dore Hoyer.

Recuperar los derechos de la danza es, a la postre, el empeño de los bailarines que la convención ha dado en denominar modernos. Paradójicamente, su revolución es una restauración,



una vuelta al origen inicial del arte del gesto. Porque no es otra cosa que una búsqueda del ritmo y la armonía prístinos, y el frecuente logro de ellos, lo que la danzarina alemana que nos visita ofrece en el escenario. La música es el apoyo melódico, no la justificación del movimiento, pues éste emana de la interioridad de su creadora, como debió surgir la sonrisa —gesto inmemorial— en el rostro del hombre recién aparecido en la naturaleza. Un impulso creador determina cada paso, cada ademán, cada postura, de Dore Hoyer. Y es cuando más lejos está de las alusiones reconocibles cuando más cerca se encuentra de sí misma y de la danza autónoma.

Al crítico especializado del diario le ha tocado hacer el análisis técnico del espectáculo de Dora Hoyer. Quisiera el conista señalar aquí brevemente cuales son las notas que, a su juicio, singularizan a la gran danzarina. Ante todo, el carácter unitario de la creación corpórea: del principio al

fin de cada número hay una obra, escultura móvil que se esculpe, cuerpo que se dibuja, forma que se modela, vuelo que se traza. Luego, sobriedad. Nada de alardes de gimnasio, de acrobacias, de pruebas que produzcan el suspenso del circo, lo cual no significa que la bailarina no posea un extraordinario dominio de sus músculos y una precisión en su uso verdaderamente abrumadora. Después, profundidad. Dore Hoyer se abisma en el ser, lo interroga angustiada, toca su confín o sus tinieblas. Por último, poesía. La imaginación reina en el cubo escénico mientras ella está en él.

Esto es danza. Tan lo es, que las palabras que se le dedican pueden ocultar lo que con ellas se intenta destacar. A Dore Hoyer hay que verla. No es, como la elocuencia vana dice, danza abstracta, danza metafísica, danza vanguardista. Los adjetivos le sobran a su sustantiva perfección. Si lo que los bailarines del ballet conocido como moderno quieren es devolver a la danza sus legítimos derechos de arte que no requiere de auxilios, Dore Hoyer ha obtenido ya buena parte del antiguo don perdido.